

micas existentes. No hay una educación adecuada para esta época y lo que se ha llamado la educación utilitaria es sólo un medio de satisfacer necesidades inmediatas e intereses pasajeros y no un sistema que dé al hombre verdadera capacidad moral o cultural.

Tal como se presentan hoy en Estados Unidos la escuela o la Universidad son simplemente un producto de las fuerzas económicas. Son sólo una agencia para ejercitar al público en las formas de vida requeridas por el orden social existente. Su función es sólo la de fabricar la ideología del actual sistema. Son un sirviente útil en la casa industrial de nuestro tiempo, con escasa influencia en el curso general de los acontecimientos.

Estas palabras dichas sobre Estados Unidos rompen con un mito que ha llegado a ser dogma de fe entre los habitantes de las repúblicas hispanoamericanas, la excelencia de la educación yanqui. No hay tal excelencia, ni la puede haber, desde el momento, que las condiciones económicas dictan la clase de educación que se debe dar. Debería ser, o debe ser, al revés. Sin duda alguna, para muchos seres, especialmente para gran parte de la nueva generación, el ideal es aquél, pero no lo puede ser para la educación en sí misma, cuya finalidad es más alta que la de servir los intereses de un orden social dado.—*M. R.*

AMERICANISMO Y CUBANISMO, por  
*Juan Marinello.*

El poeta de «Liberación» no es un desconocido en Chile. Sus fuer-

tes cualidades líricas, apreciadas por ese bello libro de poemas que la Editorial Mundo Latino, de Madrid, publicara en 1927, y sus méritos de crítico y de ensayista, demostrados con «Juventud y Vejez» y «Sobre la inquietud cubana», que vieran la luz pública en las ediciones de la Revista de Avance, han tenido más de un aplauso justiciero entre nosotros.

En Marinello no se repite el caso frecuente del escritor suramericano que dedica sus afanes a la literatura y al arte, desentendiéndose de la vida política de su patria. En Marinello hay un ciudadano de convicciones decididas, un luchador idealista, y su prisión en la Isla de Pinos, decretada por el tiranuelo Machado, prueba que no es un expectador egoísta en la Cuba angustiada de hoy.

Este folleto (1) del poeta cubano que aquí comentamos plantea y enfoca con verdadero acierto un viejo problema latamente discutido en todas las literaturas de Hispano América: el criollismo.

Se cree por muchos que una escena pueblerina, y unos cuantos diálogos vivaces, y en un español desnaturalizado y bastardo, bastan para fijar una literatura autóctona en cualquiera región de América. Y a los que así se engañan les habla Marinello mostrando primero lo difícil de una total liberación española, y señalando después los medios de conseguirla.

El idioma nos entrega el Quijote y la Celestina y Quevedo y Gracián

(1) Editorial Hermes. La Habana, 1933.

a cambio de una sumisión eterna. Pulimos las herramientas en el aprendizaje de lo español y cuando queremos decir lo criollo recuerdan las herramientas, los caminos por donde fueron puliéndose. El espectáculo de América, de un mundo en marcha, ha de ser dicho con vieja palabra, con palabra hecha de recuerdos, nacida de un mundo que contempla la carrera transitada. El habla de Castilla, tan cuajada de su rigidez secular, tan cerrada de fieras limitaciones, tan obliterada a las prisas de nuestros días, tan llena de residuos insolubles, ha de traducir una realidad en devenir. No nos sorprenden esos desfiles retóricos—españolísimos— en que, al querérsenos dar la ciudad y el campos criollos se nos aleja de ellos, en que la lengua corre por sobre la tierra nuestra sin secundarla, en que cada palabra, centro de atracciones consabidas, empuja a la otra a espaldas de lo que va diciendo.

Y más adelante habla así de los cultivadores de un falso criollismo:

No olvidemos que lo folklórico y lo pintoresco han sido largo tiempo modos engañosos de liberación. Se vió en el idioma lo externo, la letra, los indisolubles maridajes de vocablos; se creyó ver la españolidad—la esclavitud—en el uso de los giros que petrificó el Siglo de Oro. Si en eso residía la supeditación, fácil era quebrantarla: todo quedaba vencido con substituir fórmulas venerables por fórmulas nuevas. Y se fué a una literatura de palabras, sin ninguna comunicación con lo nuestro, hecha toda de cadáveres jóvenes. Y vida viva, bullente, insurrecta, era lo que estaba pidiendo a gritos nuestra literatura. La vida vendrá de captar lo que está debajo.—y lejos— de las espumas (folklorismo, costumbrismo, colorismo) en una lengua austera y leal en que la palabra sea lo que fué en Castilla huella neta y enérgica de lo expresado.

Los críticos chilenos que suelen dar patente fácil de chilenidad, a obras de repetición escritas en lenguaje mezquino y deformado, hallarán en este ensayo de Marinello más de una enseñanza para sus apreciaciones futuras.

A la belleza del estilo une este folleto del poeta cubano tal claridad de exposición y fuerza tal de razonamiento, que bien puede señalársele como un ensayo maestro. — C. P. S.

AMIEL (Un estudio sobre la timidez), por Gregorio Marañón (1).

La revisión crítica de los valores peninsulares, que inició la generación del 98 en España, ha sido continuada por los más brillantes escritores españoles contemporáneos.

España posee uno de los más grandes mitos sexuales: El don Juan.

Apenas si hay escritor de la generación del 98 y de la que la siguió, que no haya escrito algo sobre Don Juan (2).

Gregorio Marañón, cuya substancia intelectual se acerca mucho a la de Fray Luis de León—el Fray de León de *La Perfecta Casada*—es uno de los que más se ha inquietado con el problema del famoso burlador sevillano.

Sus deseos de oponer alguien al prestigio, a pesar de todo permanente de Don Juan—han influido bastante en su estudio sobre *Amiel*.

(1) Ediciones «Nueva Epoca.» Santiago de Chile, 1933.

(2) Clarín, Pío Baroja. José M. Salaverría, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala. («Las Máscaras»), Eugenio D'Ors, Diez Canedo, S. Machado, Ricardo Baeza, Alfonso Reyes, R. Royo-Villanueva y Morales, etc.